

## LIBRO SEGUNDO

### SÍNTESIS

Vendimión era Rey, malgrado la apariencia,  
y cerró las tres bocas con la misma sentencia:

el destierro, el cuchillo... Como sombras pasaron  
tus tres hombres, Castilla, y en las sombras quedaron...

Y Vendimión, temblando del peligro corrido,  
sepultó aquellas voces fieras, en el olvido;

tres veces, dando con su cetro en la coraza,  
quebró el engendro vivo, imperial, de la raza;

y, porque la nación no le llamara á juicio,  
pagándola soldada, la tomó á su servicio.

... Era áspero el camino; encabritóse el potro;  
señor Rey va de un lado; la nación va del otro...

... El oro, la traición, la bastardía vicia  
el trono, en que vió el Cid la suprema justicia.

La lepra de una sangre forastera se incrusta  
en la limpia Castilla, de la cepa robusta...

La voluntad del reino se disipa, delante  
del mezquino interés de la casa reinante.

... ¡Oh, son días lejanos! Aún no podéis valeros  
del derecho á la vida, ante el Rey, comuneros.

— Es una noche oscura. Por la tiniebla horrenda,  
mueven unos sangrientos espectros de leyenda;

el Cid, la lanza en ristre sobre las manos muertas;  
Padilla y el de Luna con las cabezas yertas...

En lo insondable de la raza cobijados,  
siguen, imperturbables, combinando los hados;

forjan, sin que un instante su operación se trunque,  
las almas de sus nietos sobre su propio yunque;

desde su sepultura, dan un bote de lanza,  
y es una interminable tragedia su venganza...

Su voz ha hecho á la raza cavilosa: marchamos  
á pacto, con los muertos que en nosotros llevamos.

Pesa sobre nosotros, en la noche solemne,  
el tremendo legado de una injusticia indemne.

La nación, en el gesto de su mano crispada,  
renueva los dolores con que ha sido forzada.

Los tres espectros rojos arrastran detrás de ellos  
ejércitos de espectros hermanos...

Los destellos

del pasado, son sangre de un espantoso ocaso  
que levanta enemigas sombras, á nuestro paso.

Nos persiguen los muertos con aullido siniestro;  
dejamos unas hambres sin saciar, detrás nuestro.

Huímos de algún sitio de terribles negruras,  
donde nos olvidamos de cerrar sepulturas.

Hay, en el aire, el son de un tremendo combate,  
y, á pesar nuestro, somos testigos de él.

Nos late

el corazón, mirando las recias embestidas  
de los dos adversarios, que se llenan de heridas;

y, en una interminable sucesión de momentos  
épicos, les miramos agarrarse sangrientos;

ninguno cede: no llega á tener ninguno  
de nuestros propios brazos el auxilio oportuno;

son fantasmas que luchan con fantasmas; nosotros  
sentimos en la frente los cascos de sus potros;

y, en el gesto de abulia de los sueños, alzamos  
la mano y por las frentes heridas la pasamos...

— Vendimión, tú te vales de nuestra indiferencia  
y á cada nuevo asalto repites la sentencia.

Pero... ¡vive Dios!, cuida, Vendimión imperante,  
que estos tres te renuevan el reto á cada instante;

que la palabra dicha no torna ya á la boca;  
que agua que halló salida no la guarda la roca;

que la raza ya ha dado muestras de sí; que, acaso,  
ya está fijado el día en que sigan el paso

de estos tres—ó tan sólo de uno de ellos—los nietos  
que han de hacer estandarte de sus tres esqueletos.—

Vendimión tiene un gesto de indiferencia.

Hay una  
fácil blandura, en él, que conoció el de Luna;

que le hace caprichoso y amable... Tiene la ágil  
ligereza de espíritu de toda cosa frágil,

y el encanto enfermizo de las flores forzadas;  
los miembros elegantes, las pupilas pasmadas.

Vendimión — como está su pueblo en el destierro,  
con el Cid — se ha quedado con un bufón y un perro.

Caza; y entre una tropa de sumisos comparsas,  
hace que su bufón le represente farsas.

El Cid corre aventuras lejos de él. Se hizo dueño  
de la tierra...

El Monarca recuerda como un sueño

la vasta maravilla de aquellos claros días  
del dominio; sus armas, por unas lejanías

insondables, espesas, de calor y de luz,  
imponiendo á hombres rojos la señal de la cruz...

— ¡Viejo Cid! Al fin eres un vasallo leal;  
te rechazo el derecho, te recibo el caudal. —

Vendimión, como no conoce lo que cuesta,  
consume las riquezas sin tino y hace fiesta.

El Cid declina, el Cid fatalmente declina:  
Dios hizo el rayo el mismo día que hizo la encina.

Vendimión, como el Cid no vuelve del destierro,  
por todo bien conserva su bufón y su perro.

¡Su bufón!... Ayer tarde, volviendo de la caza,  
su bufón, sin querer, tuvo un gesto de raza;

y Vendimión creyó que asomaba, importuna,  
en su boca, la mueca nerviosa del de Luna.

Fué un instante: el Monarca cruzó su rostro con  
el látigo y, temblando, se arrodilló el bufón;

y, satisfecho de su sumisión, el Rey  
le dijo:

— Está entendido: el látigo es la ley. —

Cuando á palacio torna desde sus cacerías,  
á Vendimión le ocurre creer en brujerías;

es español... Ayer, alisando, en su encierro,  
con su mano real las crines de su perro,

tuvo, como si fuera víctima de un hechizo,  
una visión horrenda.

Su perro se deshizo

bajo sus manos... Fué multitud, fué legión  
de monstruos, acosando, aullando á Vendimión...

Eran monstruos de formas humanas; esgrimían  
puñales; el alcanzar solitario invadían,

con fuego entre las manos; daban saltos horrendos  
entre la luz y el son de calientes estruendos:

«¡Por la sangre de Bravo, Maldonado y Padilla!...»  
Á la alta evocación, tiembla el Rey en su silla:

— ¡Ah, perro, tienes hambre! Justo es darte comida —  
dijo el Rey; y al hechizo dió remedio en seguida.

Cortó la mano de su bufón con su hierro,  
y con ella aplacó las hambres de su perro.

## ÉGLOGA

### I

El bufón cultiva un huerto;  
Vendimión lo esquilmará;  
el perro, si no está muerto,  
cerca de la muerte está.

Y entre los tres, cuando media  
el gran sol abrasador,  
florece el bárbaro horror  
de una inminente tragedia.

La bucólica dulzura  
de su vida, no se aviene  
con aquel huerto, que tiene  
entrañas de sepultura.

Y en el pacífico afán  
de las sencillas labores,  
detonan los estertores  
y los aullidos del can.

¡Ay, esta monotonía  
y esta calma, Vendimión!

¡Y esta mano del bufón  
que le sangra todavía!

¡Ay, estas blancas anemias  
en el tórrido esplendor;  
esta muerte, este dolor,  
que ya no tiene blasfemias!

¡Ay, estos muertos senderos,  
por las áridas llanuras,  
y estos flácidos corderos  
sin lanas y sin blancuras!

¡Fuente inútil, pobre fuente  
del flanco de la montaña,  
que sangras estérilmente  
como el corazón de España!

¡Ay vieja casa roqueña  
toda en ruinas desolada,  
en donde yergue pasmada  
su impavidez la cigüeña!

Del solar de Vendimión  
pardas ruinas, pobres restos:  
¿qué se han hecho los arrestos  
de aquella dominación?

## II

En la vaga tarde de oro,  
puesto al quicio del solar,  
el bufón quiere pulsar  
una guitarra de moro.

Vendimión arruga el ceño,  
pasa y dice:

— Camarada,  
piensa en la palabra dada  
de no interrumpirme el sueño.

Pocos cantos, pocos sones,  
poco turbarme el reposo;  
que me pones caviloso  
cuando á recordar te pones.

Bufón loco, entra en tu juicio;  
deja tu música odiada;  
toma el palo de la azada  
si hacerme quieres servicio.

Date al huerto, date al huerto  
laborioso y ordenado;  
tu canción es el pasado  
y el pasado está ya muerto.

No te falta en mi persona  
buen ejemplo que imitar,  
que he plantado la corona,  
por trípode, en el hogar.

Las egipcias caravanas  
me acatarían, al ver  
que el ensueño hago cocer  
en las ollas castellanas. —

Calla el Grande. Su bufón  
la extraña guzla abandona  
y va á hacer, en la corona,  
la cena de Vendimiión...

### III

Idilio.

Siervo y señor  
comparten tan buenas migas,  
que ya no cabe mayor  
acomodación de hormigas.

Apoyándose en los hombros  
miserables del bufón,  
sale á buscar Vendimiión  
comida por los escombros.

Es invierno : el can les sigue  
por esas sendas de España,

que, más que darles compañía,  
parece que les persigue.

Vendimiión, que su ansiedad  
calmar en vano procura,  
con la llana compostura  
que da la mendicidad,

dice al bufón :

— Compañero,  
nuestro can torna cruel :  
quisiera librarme de él,  
matándole en el sendero...

Yo voy lejos; tú te estás  
con la cayada á su espera;  
dale recio y que la fiera  
no vuelva á ladrarnos más. —

Vendimiión, baja la frente,  
prosigue su paso paso :  
hay en el cielo un ocaso  
que sangra bárbaramente...

## CARISTIS

## I

Vendimión se pierde por la lejanía;  
su imagen se borra cuando muere el día;

y en la senda solos quédanse, por fin,  
el bufón llorando y á su pie el mastín.

— ¡Ay, mastín hermano! — le dice el bufón —;  
¡quién tuviera fuerzas contra Vendimión!

La sentencia ha sido, como suya, horrenda;  
si he de ejecutarla, pásame esta venda.

Porque yo, que he sido cobarde, cobarde,  
quiero arrepentirme cuando acaso es tarde.

Porque yo, que tuve de noche y de día  
tus aullidos por sola compañía;

yo, que he reclinado mi frente en tu pecho;  
que partí contigo mi pan y mi techo;

que, cuando las nieves, en mi aterimiento,  
como una caricia recibí tu aliento;

que por las calladas sombras de la casa,  
me orienté siguiendo tus ojos de brasa;

que he puesto á compás mis propios latidos  
de tus inquietudes y de tus aullidos;

yo no tengo fuerzas, ya que hermanos somos,  
para descargar mi palo en tus lomos.

Si tú me atacaras, yo me entregaría;  
haz tu salud propia de mi cobardía.

Pobre mastín negro, de los fieros rastros :  
¡clava en mí los dientes y ladra á los astros! —

## II

Como la muñeca tiene mutilada,  
lame el perro su llaga ensangrentada;

y el bufón, temblando de agradecimiento,  
mientras cae la noche, sigue su lamento :

— Mastín de las hambres épicas : no quiero  
que acaben tus días en este sendero.

Sé que eres sagrado de un terrible hechizo,  
que Dios, en la noche, de tus crines hizo;

sé que guardas, bajo tu asquerosa traza,  
los inextinguibles fuegos de la raza.

Mastín de pupilas sangrientas y bravas,  
que hoy me estás atento y ayer emigrabas;

que has dejado en todas las sendas perdidas  
polvo de tus huesos, piel de tus heridas;

que aún, por la aridez de nuestros caminos,  
recuerdas el hambre de los numantinos;

que ladras sonámbulo, sintiendo que alguna  
visión te hace gestos las noches de luna;

que, porque no tienes casa que guardar,  
vas errante, de lugar en lugar;

que con tus aullidos lamentables, con  
tu hambre, das el grito de reparación;

mastín de las crines con barro, quisiera  
tener como tú las garras de fiera;

sentir como tú mis carnes desnudas,  
sin pactos el alma, la frente sin dudas;

ser, en los senderos de lo actual, desiertos,  
sólo un hambre llena de voces de muertos;

no haber aprobado, no haber delinquido,  
no haber dado brazo, no haber hecho nido;

¡ser can, ser el can fiero de mi raza,  
ser noche de crines y horror de amenaza!

## III

Mastín, tú lo puedes; por eso no quiero,  
con tus huesos rotos, cerrar el sendero.

Cae en las blanduras de mi cobardía;  
devora los frutos de mi poesía;

cómete mis hijos, entra por mis venas  
—para tu sed duéleme que no estén muy llenas—;

¡líbrame del fardo de esta cobardía,  
que ha sido tercera de mi villanía!

## IV

Mastín, aunque tú te niegues, no esperes  
que él deje de herirme si tú no me hieres;

moriré á sus manos ya que no á tus dientes;  
pobre mastín negro, ve si lo consientes... —

## V

El mastín yergue tres cabezas;  
las tres aúllan reciamente;  
por las quebradas y malezas  
retumba el son como un torrente.

Las tres cabezas espantosas  
tienen pupilas dilatadas :  
dos son cabezas degolladas,  
la otra es de barbas procelosas.

El iracundo cancerbero  
hinca las patas en la senda,  
frènte al bufón airado y fiero,  
en un retorno de leyenda.

Ante la aparición enorme  
un espectral fulgor se plasma,  
y por detrás del can triforme  
hay un ejército fantasma...

Tiembla el bufón dubitativo  
buscando un último tanteo,  
en el horror y en el deseo  
del paso aquel definitivo.

Las tres cabezas indignadas  
mirando están, desde la senda;

y fluye toda la leyenda  
de sus pupilas dilatadas.

Las tres cabezas redivivas,  
para el bufón, que encuentra en ellas  
un ancestral fulgor de estrellas,  
encienden tres antorchas vivas.

Y en el silencio sin alientos  
de aquella noche larga, larga,  
que echa en sus hombros macilentos  
la obscuridad como una carga,

las tres cabezas, que en el son  
junta un acorde soberano,  
vuelven á alzar el grito arcano  
de su magnífico pregón :

## VI

— ¡Vendimión : corre el tiempo y llega el día!  
¡Vendimión : dale al cuerpo la coraza!  
La tumba que cerraste se entreabría  
y los muertos te retan : ¡hazles plazal  
El combate es fatal y no se aplaza;  
¡Vendimión : ve si apagas, todavía,  
las tres grandes antorchas de la raza :  
Derecho, Imposición, Soberanía!

... Retumban las montañas; y por ellas  
el eco, resonando, repetía  
aquel pregón que alcanza á las estrellas :  
«¡Derecho... Imposición... Soberanía!...»

## LIBRO TERCERO

### APOCALIPSIS

... Y á lomos de la bestia de tres cabezas, el  
bufón torna al solar decidido y cruel.

Todas las sendas ciega; todas las puertas cierra  
y desgarrá la noche con un clarín de guerra.

Y el mastín, hecho ejército de combatientes duros,  
alza el rastrillo y hierve, belicoso, en los muros.

Y abre, desde su nido de la torre roqueña,  
con pánico sus alas la impávida cigüeña.

«¡Derecho... Imposición... Soberanía!...», ruge  
el bufón, desde la ciudadela que cruje...

Se abren sepulcros; surgen de sus senos ocultos,  
bien armados de lanzas, los muertos insepultos.

Vagan por el alcázar del que han sido señores,  
como estatuas de piedra, blancos, los fundadores.